

—Es usted, lo repito, un polemista formidable. En verdad que tiene usted unas salidas.....

—Son hechos vulgares, y como ese hay mil. Por ejemplo: yo he estado en Suiza tres días; fuí con un conocido á las fiestas del Tiro federal. ¿Qué le parece á usted de un país cuya mayor distracción consiste en afinar la puntería, en apuntar precisamente para no matar? Ese es un país pacífico, donde se puede vivir sin gobierno. Pero nosotros que apuntamos siempre á dar donde más daño podemos hacernos, necesitamos para andar derechos un dictador y una batería en cada bocacalle.

—Entonces nos quedamos sin república. Pero, ¿qué estaba yo diciendo?—agregó la Duquesa como si quisiera recordar.—¡Ah!, sí; decía que usted debía ser autor, pero no para romper sus obras. Si usted escribiera un libro que se hiciera famoso..... Vea usted algo que no muere tan fácilmente. No es menester que fuera un libro grande. A mí las obras largas me horripilan. Un libro como éste que yo leo ahora y que es uno de mis favoritos. ¡Cuántos siglos hace que le escribieron, y se lee siempre con el mismo encanto.....!—dijo, tendiendo á Pío Cid el precioso volumen, que era una edición francesa ilustrada de la Pastoral de Longo.—¿Conocerá usted el *Dafnis y Cloe*, sin duda?

—Lo leí hace muchos años—contestó Pío

Cid, cogiendo el libro.—Aunque á usted le desagrade oírlo, le diré que no es santo de mi devoción. Es demasiado femenino ó afeminado; es una obra de decadencia.

—¡No diga usted eso, por Dios! Es un idilio delicado y con un perfume silvestre que encanta.

—A mí me parece una imitación sensual y profana de la historia de Adán y Eva. Sólo que la serpiente engañó á la mujer para que ésta engañase al hombre, y Liconia (creo que se llama Liconia la mala mujer que interrumpe el idilio) engaña al hombre para que éste engañe á la mujer.

—No había oído jamás esa comparación, y no deja de ser curiosa.

—Si quiere usted se la escribiré en unos versillos que se me ocurren ahora mismo. Usted cree que yo debo de ser poeta.....

La Duquesa hizo un leve signo de asentimiento, y Pío Cid la miró rápidamente, como para cerciorarse de algún detalle de su rostro: un rostro ovalado, de facciones suaves, encerrado en el marco que formaban los oscuros bucles cayendo flotantes en estudiado desorden, con cuya sombra contrastaba la luz azul intensa de las pupilas. Era más bien rubia, y á ratos parecía morena, cuando le daba la sombra; producía la impresión de mujer graciosa, porque su estatura era mediana y sus movimientos veleidosos, y á ratos tomaba aires de majestad, irguiéndose con adusta ri-

gidez. Parecía muy joven, aunque á veces, al reir con cierto dejo de presunción, se le marcaba desde la nariz á la comisura de la boca una arruga honda, que le descubría los años. Este era quizás el único defecto de su rostro, y la Duquesa debía conocerlo muy bien, y por esto se violentaba para mantenerse seria y grave. Pío Cid miró, pues, y tomando una pluma la apoyó sobre la primera hoja blanca del libro con la misma sana intención con que el cirujano empuña la lanceta, y escribió unas cuantas líneas, que dió luego á leer á la Duquesa, la cual, después de examinar atentamente aquellas palabras, que más parecían palotes muy finos puestos en hilera, leyó lo que decían:

«Cloe es la flor ideal que va á nacer
En Dafnis, tallo tierno y floreciente;
Liconia es la fatídica serpiente
(Primera arruga en rostro de mujer)
Que arrastra con sigilo su impureza
Y se oculta en lo obscuro cautelosa,
Como eterno traidor, que, generosa,
Abriga entre sus pliegues la belleza.»

Después de la lectura volvió á mirar lo escrito, y ahora vió como una contradanza de patas de mosea, en la que sólo se distinguía el verso puesto entre paréntesis. ¡Pérfido paréntesis, que, en vez de quitar importancia á las palabras metidas en él, las sacaba de su sitio y las lanzaba al rostro de la lectora! Ésta se quedó sorprendida ante aquella inesperada

ofensa, que á ella le pareció acción grosera y villana, propia de un miserable plebeyo; pero se rehizo al instante para no descomponerse, y dijo con frialdad:

—Está bien. Ya prosiguiremos nuestras críticas.

Pío Cid se levantó, é inclinándose ante la Duquesa, dijo:

—Yo le deseo un feliz viaje, y aunque valgo tan poco, me ofrezco para todo cuanto me ordene. Á muchos tendrá á quien ordenar; pero nadie obedecerá con la eficacia que yo. Aunque sea un imposible, pídamelo, y lo haré.

—¿Aunque sea un imposible?—articuló la Duquesa maquinalmente, midiéndole de arriba á abajo.

—Aunque sea un imposible—repitió Pío Cid retirándose.

Con razón sobrada decía Martina que su marido sería un hombre perfecto si no se tratara con nadie. Aquel verano fué Pío Cid un modelo de esposos, y Martina, que, bien que sin motivos fundados, estaba siempre inquieta con sus salidas y entradas, y más desde que supo que andaba la Duquesa por medio, vivía ahora sin temores. Porque lo más curioso era que Martina hablaba de Pío Cid casi con desprecio, considerándole como hombre incapaz de enamorar á nadie, ni siquiera digno de que una mujer pusiera en él los ojos, y, sin embargo, los celos se la comían y los dedos le parecían huéspedes.

—Mirando las cosas con calma—pensaba ella,—Pío es un hombre sin gracia y sin agrado, y hasta parece soso y bobalicón en materia de amoríos; pero alguna virtud secreta debe de tener cuando á mí me pasó lo que me pasó y cuando todo el mundo lo baraja como quiere. Quizá será que hoy los hombres son muy malos y muy inútiles, y Pío al menos es generoso y formal..... Como bueno, no es bueno; porque si lo fuera, no me daría tantos disgustos ni tendría empeño en mortificarme llevándome siempre la contraria; pero es que todos los hombres son unos tiranos, y las mujeres somos débiles y no tenemos tesón para sostener una cabezada. Primero chillamos mucho, y después nos conformamos y obedecemos como unas cabritas.

Supo, pues, con extraordinaria satisfacción que la Duquesa se iba al extranjero y que Jaime, que había quedado á cargo de una vieja aya y de un criado de confianza, suspendía las lecciones algunos días después para ir á tomar baños de mar al Mediterráneo, cuyas aguas, por ser más templadas, las había recomendado el médico en vista de la endeble constitución del Duquesito, aunque es posible que la templanza de las aguas fuese un pretexto de la Duquesa para no llevar consigo á su hijo á los balnearios del Norte, y evitarse así cuidados y molestias. También se fué Benito á pasar las vacaciones á Fuentesauco, y, por último, Gandaria, aunque no quería mo-

verse de Madrid, hubo de acompañar á sus papás á San Vicente de la Barquera por complacer á su mamá, inconsolable desde el día que Consuelo tomara la resolución de entrar en el convento. Así, durante los tranquilos meses de aquel verano yo solo iba á casa de Pío Cid, de quien por este tiempo era, además de amigo, vecino y casi como de la familia.

El mismo día de la boda de Paca, quejándose D.^a Candelaria de los abusos de los caseiros de la corte y de que le exigieran un mes de alquiler por el piso que había apalabrado para trasladarse á él con sus hijas cuando Pío Cid volviera de Granada, tuve yo la idea repentina (por algo se dice que de una boda sale otra y que un casamiento hace ciento) de dar cuerpo á los vagos planes de vida nueva que desde tiempo atrás acariciaba, y le propuse á la suegra de Pablo del Valle quedarme yo con el piso para ahorrarle á ella el pago del alquiler y ahorrarme yo el trabajo de buscar casa, sin contar con que ésta tenía el aliciente de estar en buen sitio y á dos pasos de la de Pío Cid, cuya amistad quería yo estrechar. Celebrado felizmente el traspaso á la hora de los postres, al día siguiente me instalé en mi nueva casa, y para que el cambio fuera más radical, me traje conmigo á Anita y á su madre y hermano. Anita no debía coser más chalecos, sino estudiar y afinarse, para lo que me lancé á alquilarle un piano y darle yo mismo algu-

nas lecciones; D.^a Gracia era la directora de la casa, y á Joaquinito, cuya vista era cada vez más endeble, lo quité de la imprenta del periódico y lo matriculé en una Academia preparatoria de carreras especiales, con ánimo de que fuera estudiando para ingresar en el Cuerpo de Aduanas.

Como comprenderá el lector prudente, yo procedía como un verdadero mono de imitación y copiaba con mis escasas luces lo que veía en casa de mi amigo, sin comprender que lo importante no era la exterioridad, sino algo íntimo que él sabía infundir en sus obras, sin lo cual todo se vendría prontamente abajo, como se vino mi edificio. Mas, de todas suertes, algo bueno hay siempre en las cosas humanas, y aunque no recomiendo á nadie que se meta en tales enredijos, debo consignar que el nuevo régimen familiar fué muy ventajoso para mi salud, y que mis amigos y compañeros de Redacción, aunque me criticaban, reconocían que estaba más grueso y de mejor color que nunca, gracias á los cuidados y atenciones de D.^a Gracia. Pero no se escribe este libro para sacar á luz mis pequeños y oscuros trabajos, sino los grandes y memorables de Pío Cid, y téngase en cuenta este paréntesis sólo para explicar cómo fui yo á vivir en la vecindad de mi amigo, y por dónde llegué á tratarle íntimamente á él y á todos los suyos, circunstancias todas que refuerzan la veracidad de mi relación.

No era Pío Cid hombre que se rigiera por pautas establecidas; y aunque la costumbre es tomarse vacaciones en el estío y descansar de las faenas del año, él no descansó, sino que, al contrario, se aplicó con más ganas á sus *Comentarios del Código* para rematarlos cuanto antes y ganar lo convenido con el editor. Aparte los gastos de la casa, tenía que enviar 50 duros mensuales á D.^a Candelaria para que cubriesen ella y su hija los gastos más apremiantes, puesto que Candelita, aunque, según escribía su madre, estaba satisfecha y orgullosa de la acogida que el público barcelonés la había dispensado, ganaba poco, y lo poco y cobrado con retraso se lo tenía que gastar en trajes para no confundirse con las coristas; á esto había que agregar lo que se le iba á Martina de las manos comprando cintas y moños para el hatillo del esperado fruto de bendición, tarea previsorá á la que consagraba sus días y sus noches la futura madre, auxiliada eficazmente por todo el enjambre, en particular por Mercedes y Valentina.

Todas las jóvenes que se hallan en estado interesante tienen sus manías y antojos, y Martina, por no ser menos, tenía los suyos; los principales, la costura y el amor á la vida del campo. Las conversaciones durante las largas horas de labor versaban siempre sobre este bello tema, que Martina dominaba á fondo; antes de marcharse Candelita ó Francesca, como ya comenzaban á llamarla, á la ciu-

dad condal, el deseo de Martina era dejar Madrid, donde decía estar muy á disgusto, é irse á vivir á Barcelona, á una torrecita por San Gervasio; pero ahora había cambiado de rumbo, y sus ojos se fijaban en Aldamar y ponía allí su nido de amor, apartado del mundo y de las miradas de los hombres.

—Si tú quisieras darme gusto—decía á su marido,—ya que eres tan amante de las cosas naturales, acabarías ese trabajo, y con él y un poco más, haciendo economías, tendríamos para comprar en tu pueblo una casita con su huerto, y allí viviríamos felices. Ya sabes que yo me contento con poco. ¡Lo que me gustaría tener una buena bandada de gallinas, una vaca y una cabra! ¡Qué gusto ir al corral y recoger los huevos frescos, acabaditos de poner, y no que aquí casi no los pruebo, porque me repugnan! ¡Y luego la leche! Aquí lo que venden es agua, que no alimenta ni tiene gusto á nada. Á mí sólo me satisface la leche que veo ordeñar y bebérmela calentica y con espuma, que se quede pegada á los labios.....

—¡Calla, hija — interrumpía D.^a Justa,— que se le ponen á una los dientes largos de oírte!

—Tienes un gran talento descriptivo, que le llega á uno á lo hondo del estómago—agregaba Pío Cid.—Parece que te has propuesto mortificarnos.

—Eso porque quieres—replicaba Martina.
—En tu mano está todo eso y mucho más.

Sólo que tú hablas mucho contra la vida falsa de las ciudades, y luego todo se queda en conversación.

—¿Crees tú—decía Pío Cid—que lo natural está sólo en el campo? En el centro de la corte de España estamos viviendo nosotros más naturalmente que muchos que viven en el campo, donde también hay mentiras y artificios, peores quizás, por ser más pequeños. Reconozco que este piso es un jaulón más propio para aves que para personas; pero nos queda el recurso de irnos á pasear por las afueras, que, aunque no son ninguna maravilla, algo tienen que ver.

—No faltaba más sino que defendieras las vistas de Madrid—interrumpía Martina.

—No las defiende, y, además, te diré que yo también estuve decidido, cuando fui el año pasado á Aldamar, á quedarme allí para siempre; pero luego me daba lástima de D.^a Paulita, y pensé que lo mismo se vivía en una parte que en otra, y volví, y si no hubiera vuelto no te hubiera conocido.

—¡Ojalá hubiera sido así! No estoy tan contenta de mi suerte; pero, de todos modos, aquello pasó, y ya no tienes necesidad de conocer á nadie más.

—Yo creo que sería una cobardía volver las espaldas. Ya tengo aquí ciertas obligaciones. Ni es posible tampoco que todo el mundo viva en el campo, ni que los hombres se consagren á comer y á beber; alguien ha de pensar y ha

de luchar para que la humanidad no se embrutezca por completo.

—Señores—decía Martina dirigiéndose á la reunión,—sepan ustedes que este caballero está encargado de arreglar el mundo. ¡Valiente imbé.....!

—Para ti sólo tiene importancia la vida vegetativa; te aplaudo el parecer y sigo con el mío.

—Yo creo, Martina—intervenía Pablo,—que exagera usted. El hombre que escribe un libro de esos que forman época y que cambian el ser de la sociedad, es digno de que se le admire. Si todas las mujeres pensaran como usted y los hombres siguieran sus consejos, ¿adónde iríamos á parar?

—Usted, Pablito—le contestaba Martina,—dice eso porque tiene la manía de los papeles; pero como usted no hay cuatro; y todos esos librotos, hoy unos y mañana otros, todos servirán para envolver. Y usted que se calienta la cabeza, y yo que me río de esas necedades, nos quedaremos lo mismo.

—También se queda lo mismo la mujer que se casa y la que no se casa—argüía Pablo,—y, sin embargo, todas están deseando de casarse.

—Para tener un tonto que las mantenga—replicaba Martina haciendo una mueca burlesca, mientras la asamblea se reía de ésta y otras mil picardigüelas que la inteligente criatura iba aprendiendo en el trato íntimo de su esposo.

Estas escenas públicas tenían casi siempre una coletilla, y cuando Pío Cid se quedaba á solas con su díscola mitad, el tema de la vida campesina remataba por una discusión que á Martina le llegaba más á lo vivo: la de saber cuándo iba á quedarse sola en su casa, según era su deseo.

—Cuando yo salga de mi cuidado—le decía,—habrá que tomar una niñera, y no se cabrá en la casa. Esto te lo aviso con tiempo. Por Pablo y Paca no hay que preocuparse, porque ellos están decididos á tomar cuarto muy pronto, y se llevarán á Valentina. Mercedes es la gran dificultad..... Es muy buena y callada, y me da lástima de que tuviera que irse; pero tampoco vamos á seguir siempre así. Ayer decía la vecina del tercero á mamá que cómo era que la teníamos en casa no siendo de la familia..... Á todo el mundo le extraña, como es natural, y dicen también que una mujer casada no debe tolerar esas cosas, porque á veces por hacer una obra de caridad se busca una su perdición. Una mujer..... así como Mercedes, es un peligro en una casa. Por algo se dice que «de fuera vendrá quien de casa te echará».

—De suerte—decía Pío Cid con calma—que aquí quien gobierna es la vecina del tercero. No hables más de esa vecina, porque te me haces fea y antipática.

—El feo y antipático serás tú, y el desabrido y el....., ¡más vale callar!

—Pues callemos.

—¿Cómo voy á callar viendo que pasa un mes y otro, y que estamos condenados á huésped perpetuo? Siquiera, si trabajara en algo.

—¿No te ayuda á hacer el hatillo? Criada no puede ser; aunque ella quisiera yo no lo permitiría.

—No; lo que tú querrías es que le sirviéramos de criados los demás.

—Lo que yo quiero es que seas juiciosa alguna vez y comprendas que esa criatura, que está aquí sin ocuparse en nada al parecer, está haciendo algo que vale muchísimo. Acuérdate de cómo era cuando llegó y cómo es hoy.

—Claro está que ha cambiado mucho.

—Pues bien, eso es lo que está haciendo; cambiarse. No todos los trabajos tienen nombre, y aunque Mercedes no hiciera absolutamente nada más que estar aquí, haría algo que, aunque no se viera, no por eso valdría menos. Mercedes, á pesar de su planta, es una niña, y no tiene noción de la dignidad personal, porque la han considerado hasta aquí como un mueble, un accesorio; es un edificio sin cimiento, que se caerá con sólo que le soplen; mientras no tenga ese cimiento no es posible dedicarla á nada, porque, en saliendo de nuestras manos, á los pocos pasos volverá á caer.

—Pues ese cambio, amiguito, me parece que se me debe á mí.

—Razón de más para que no hables de arro-

jarla de tu lado. Teniéndola junto á ti no te echas, ciertamente, ningunos cinco duros en el bolsillo; pero ganas la gloria, para contigo misma, de haber contribuído con tu ejemplo á dignificar á una mujer.

—Yo reconozco que á veces llevas razón; pero las gentes son tan mal pensadas.....

Mas no porque Martina se doblegase de palabra, seguía menos decidida á soltar la carga de Mercedes; no por maldad de corazón, pues con el alma y la vida haría por ella cuanto pudiese, desde lejos, sino porque era incapaz de comprender una situación sin nombre, fuera de los usos corrientes de la sociedad. Mercedes no era de la familia, ni de la servidumbre, ni una niña huérfana adoptada por caridad; era una mujer que por donde quiera que iba llamaba la atención, y faltaba averiguar si Pío Cid la había traído á la casa por los motivos que decía ó por otros que no quería decir.

Martina tenía confianza á ratos; mas á ratos pensaba que había allí algún misterio, y aun le parecía adivinar en su marido algo que no salía á la superficie.

Pío Cid tenía, en verdad, una idea secreta, que era la de proteger á Mercedes, no por pura filantropía, sino también por luchar contra la fatalidad, bajo la cual él creía que la pobre hija del ciego había venido al mundo.

El fin de Mercedes, como el de sus padres, debía de ser trágico, y él se determinó á com-

batir por ella contra el destino, para ver si lograba vencerlo; de aquí su temor á impulsarla en esta ó aquella dirección, por donde siempre iría á fondo, y su firme resolución de guardarla junto á sí y de servirle de escudo contra la adversidad.

Mas estas razones se las reservaba, porque Martina no las querría comprender aunque las oyera, y Martina las sentía instintivamente y las interpretaba como inclinación oculta, que algo participaba del amor, de Pío Cid por la pobre huérfana; así no cejaba en un pensamiento que se le había ocurrido, y que, á su juicio, serviría para matar dos pájaros de un cañazo.

Mercedes, con lo que ya le había pasado, no podría casarse con un hombre de bien; y en vez de ir á dar, esto sería lo más probable, con un pillo que la maltratara y la acabara de echar á perder, casi sería para ella una fortuna hallar una persona de posición que la recogiera y la considerara, y esta persona muy bien podría ser el moscón de Gandaria, al que sería fácil decidirlo con sólo hacerle algunas insinuaciones. En cuanto á Mercedes, más fácil sería aún, porque no tenía voluntad propia.

Cuando á fines de verano regresó á Madrid Gandaria y se presentó en la calle de Villanueva, empezaron los manejos de Martina.

Por estos días había también Jaime reanudado sus lecciones, y el tiempo que Pío Cid

estaba fuera de casa no lo desaprovechaba el joven diplomático. Antes la treta no le valía, y lograba sólo hablar con Valle; pero ahora Martina se deja ver algunos momentos con sus primas y Mercedes. Gandaria no volvió á cometer ninguna imprudencia con Martina, sea porque se convenciera de que perdía el tiempo, sea porque se le calmaran los ímpetus viéndola tan áspera y, á la sazón, hecha un tonel, próxima á ser madre de familia; en cambio no tardó en poner los ojos en Mercedes, cuya belleza y méritos le ponderaba Martina.

—Es lástima—pensaba Gandaria de Mercedes—que esta mujer tenga esos desplantes. En cuanto uno se acerca y cruza cuatro palabras, se pierde la ilusión; pero el trapío es soberbio, y á distancia, vista en el palco de un teatro, por ejemplo, produce un efecto monumental. La verdad es que tampoco ha estado bien dirigida, y que aquí empieza á ganar mucho. Si yo la cogiera por mi cuenta, en un vuelo la convertía en estrella de primera magnitud.

Pío Cid notaba estos trabajos de zapa, pero no quería poner á Mercedes sobre aviso, porque le conocía el flaco y pensaba que era mejor callar que abultar las cosas con prevenciones inútiles. Á Martina sí le decía algunas veces:

—Hay que tener cuidado con el tonto de Gandaria, no vaya á tomarla ahora con esa criatura. Sería lo último que podía ocurrirle

á Mercedes, dar con un hombre vano, que es incapaz de quererla porque la ve pobre y poco instruída, y que pensaría utilizarla como hembra de lujo. Yo sé que te estorba Mercedes, y te advierto que si le ocurre algo, á ti te haré responsable.

Pero no se atrevía tampoco á hablar recio por no sofocar á Martina, la cual ya estaba fuera de cuenta, y en cuanto no se hacía su gusto ó se le decía algo que no le sonaba bien, lloraba y pronosticaba que entre unos y otros la harían abortar, y aun le quitarían la vida; pues, como decía su madre, se pintaba sola para meter la peste en un canuto. Mas no eran casi nunca ciertos sus augurios, y menos esta vez.

El alumbramiento fué felicísimo y sorprendente por varias circunstancias. Acaeció el día de los finados, al amanecer, á los nueve meses justos de la famosa fiesta de la Candelaria, y nacieron dos gemelos: una niña y un niño, ambos de extremada belleza. Estaba decidido que si era hembra se le pondría Natalia, y si varón Natalio, en recuerdo de la madre de Pío Cid; mas siendo dos, no era cosa de repetir el nombre, y Pío Cid quiso que la niña, que había nacido la primera, se llamase Natalia, y el niño Angel, como yo; pues, además de ser el amigo íntimo de la casa, me empeñé en hacer todo el gasto de la gran fiesta que hubo para celebrar el fausto acontecimiento.

Martina no cabía en sí de gozo, y se consideraba casi una celebridad europea por haber dado á luz dos niños de sexo diferente, que se propuso criar ella misma para coronar con este esfuerzo su fecunda obra.

Pío Cid hablaba poco y se mostraba preocupado pensando quizás previsoramente en el porvenir de aquella su tardía descendencia.

Algunas semanas después del parto fué Pío Cid por la tarde, como tenía por costumbre, á dar la lección á Jaime, y se halló con la novedad de que la Duquesa, de regreso de su larga excursión, le hizo subir á sus habitaciones para darle las gracias muy amablemente por el interés con que había tomado la educación del niño, cuyo viaje al Extranjero estaba dispuesto para el siguiente día, por haberlo ordenado así el Duque.

—Siento mucho esta determinación—dijo la Duquesa,—porque veía con gusto los visibles progresos de Jaime. Aunque los niños tengan poco fundamento, no está de más escuchar su opinión, y Jaime se halla tan contento con usted..... Pero el papá tiene empeño en que el niño se eduque en Francia, donde él se educó.....

—Yo lo siento por el niño—dijo Pío Cid, sin ocultar su disgusto,—y si estuviera aquí el señor Duque le hablaría para convencerle de que está mal aconsejado. Es un dolor que los padres se atribuyan esta autoridad sobre sus hijos, sin tomarse la molestia de hablar con

ellos ni conocerles, ni saber lo que les sería más provechoso. Igual disparate sería llamar á un médico para que nos asistiera en una enfermedad, y luego romper las recetas y tomar lo primero que se nos antojara.

—Sin embargo, le advierto á usted que el colegio á que va Jaime tiene fama.....

—No digo que no, pero la educación de colegio es siempre una educación de cuartel, que da pobres resultados. La formación del espíritu de un niño es una obra de arte, y en el arte, la creación verdadera es la que ejecuta uno solo. Figúrese usted, señora, la cara que pondría un escultor á quien le quitaran una escultura á medio hacer, para que se la terminasen en una cantería..... En fin, quien manda, manda, y dispéñseme usted el desahogo.

—Al contrario de dispensarle, le repito que le agradezco su interés. Y ahora le voy á rogar que deje sus señas á mi secretario, para en caso de que más adelante..... En casa se tienen siempre muy en cuenta los servicios prestados, y más cuando son de la importancia y de la significación de los de usted..... Yo no sé si á usted podrán agradarle cargos de otra índole.....

—De cualquier índole los aceptaría por complacerla á usted; pero por mí no se preocupe. En estos últimos días ha sido para mí una dificultad grave tener que acudir á las lecciones de Jaime, y las seguía sólo por amor al arte,

como suele decirse. Tengo obligaciones á que atender, es verdad, y no se sabe lo que nos reserva el porvenir; pero yo tengo fe en el trabajo, y como la tengo, el trabajo cae sobre mí y me da para salir á flote.

—Pero un hombre como usted no debe contentarse con ir cubriendo sus atenciones penosamente. Eso es triste. ¿Son muchas las obligaciones que tiene usted á su cargo?

—Más bien son muchas que pocas. Y no me pesa, porque á mí me gustan las familias grandes.....

—Según eso, tiene usted mucha familia. Yo no sé porqué me había figurado que era usted un hombre solo. No se ría usted—añadió con malicia,—pero los solterones suelen ser, con el transcurso de los años de soledad, los tipos más estrambóticos.

—Pues aquí ha quebrado la regla; si soy estrambótico, no será por falta de familia.

—¿Tiene usted mujer, hijos, y quizás padres ó hermanos?....

—Por mi casa soy yo solo; pero tengo mujer y dos hijos, suegra (que es buenísima), dos primas de mi mujer, una de ellas casada, una muchacha huérfana algo pariente y, por último, la niñera.

—¿Nada más?—preguntó la Duquesa sonriendo.—Me gusta la frescura con que lo dice usted. Y la niñera será, naturalmente, porque tiene usted algún niño pequeño.

—Tengo dos, los dos que le he dicho; na-

cieron no hace un mes, el día de los Difuntos.

—Entonces son gemelos. ¿Son niños ó niñas?

—Una niña y un niño, para que haya de todo.

—¡Es usted un hombre admirable!—exclamó la Duquesa mirándole fijamente.—Piensa usted cosas que no piensa nadie, y le ocurren cosas que no le ocurren á nadie.

—Si hay en esto algún mérito, será de mi mujer más que mío. Ella sí es una mujer admirable. Para empezar ha tenido dos mellizos, y además los cría ella sola. ¿Qué le parece?

—¿Será más joven que usted?

—Es casi una niña; pero es muy mujerona.

—Aunque sea cosa fea la curiosidad, le confieso á usted que la tengo, y grande, por conocer á su esposa, sólo por eso que acaba de decirme de ella. Y en parte también por ver el gusto de usted, porque es usted tan raro que debe de haber elegido una mujer que no se parezca á las demás.

—Diga usted más bien que soy hombre afortunado, y que he tenido la fortuna de dar con una mujer de las que hoy ya no se estilan. Aquí, en esta cartera, tengo un retrato suyo, y lo va á ver usted; aunque le advierto que lo mejor de Martina no es la cara, sino algo que no hay fotógrafo que lo saque mientras no se invente un sistema nuevo para retratar los corazones.

La Duquesa tomó el retrato que Pío Cid le

mostraba, y, levantándose, se fué á sentar en el otro extremo del sofá que estaba más próximo al balcón para examinar mejor la fotografía; la cogió entre ambas manos como para formarle un marco de sombra, y después de mirarla despacio, disimulando su impresión, comenzó á pasarle por encima la yema del dedo meñique como para quitarle alguna pelusa, y arañó suavemente con la sonrosada uña un lunarcito que Martina tenía en la mejilla izquierda, muy bajo, cerca de la nariz; y al fin, preguntó:

—¿Está aquí mejor ó peor que en el natural, á juicio de usted?

—Está bastante parecida para lo que una fotografía puede expresar..... El natural vale más, naturalmente, y aun creo que ahí la han sacado de más edad que la que ella tiene.

—Eso iba yo á decirle á usted; que no la en contraba tan niña. ¿Y se peina siempre así, con ese peinado tan raro?

—No, señora; ese peinado es idea mía, y no se lo pone más que cuando está de buen humor ó cuando quiere que le compre algo.

—¿Conque esas tenemos?—dijo la Duquesa, sin poder contener la risa.—¡Inventa usted también peinados! Este será para instalar la luz humana. ¿Creía usted que había olvidado el invento? Pero si este peinado parece chino ó japonés.

—Es el peinado del porvenir—contestó Pío Cid en tono de burla.—Feo ó bonito, tiene la

ventaja de que es complicadísimo y se tarda muchas horas en hacerlo, y en esas horas la mujer no piensa en nada y deja tranquilo al hombre.

—¡Pero, hombre!—exclamó la Duquesa con aire regocijado.—¡Si ahora va llegando la moda de cortarse el pelo las mujeres, para no perder tiempo! En el extranjero hay muchas con el pelo corto. Por supuesto, con usted no rezan ni las modas ni las costumbres. ¡Dichoso usted, que tiene la suficiente frescura para reirse del mundo y hacer lo que se le antoja! ¡A todos, á quién más, á quién menos, nos vienen veleidades de saltar por encima de las conveniencias! Pero..... ahora sí; por ser usted tan franco le voy á decir con franqueza que me ha sorprendido este retrato. Yo creía que su señora sería muy distinta de las demás, y me parece un tipo corriente, casi vulgar.....

—No es vulgar la palabra propia; más bien debía usted decir humana; pero aun siendo vulgar, no sería una mujer vulgar, sino la vulgaridad personificada; es decir, un tipo universal tanto ó más admirable que un tipo excepcional, extraordinario. La mayor parte de los hombres (hombres y mujeres, se entiende) somos seres vulgares con alguna facultad saliente que nos distingue, pero que no nos libra de caer con frecuencia en la vulgaridad de que huímos. ¡Cuánto mejor no es ser vulgar en absoluto y atenernos á lo que

nos da espontáneamente nuestra naturaleza! Martina es así; es la realidad pura y, para no ser un genio portentoso, es lo mejor que se puede ser.

—Pero lo que yo veo difícil—replicó la Duquesa, sin dejar de mirar el retrato—es que usted se entienda con «su Martina». Porque usted es un idealista, casi un soñador; por lo menos sus ideas no son ideas hechas, de esas que tienen curso en la sociedad y oye una á diario.

—Lo difícil sería lo contrario. Ella y yo, salvo alguna que otra riña, nos entendemos muy bien porque nos necesitamos. Una mujer debe de ser como la tierra, y un hombre como un árbol; una tierra sin árboles se convierte en un arenal infecundo, y un árbol sin tierra muere porque se secan sus raíces; la vida que la tierra le da al árbol, el árbol se la devuelve con su sombra protectora. Así la mujer mantiene al hombre ligado á la realidad, para que no se aparte de ella ni se pierda en estériles idealismos, y el hombre en cambio protege á la mujer con la sombra de sus ideas para que no se aniquile como se aniquilaría dejándola sola, á merced del viento de los caprichos fugaces.....

—Es bonita la comparación, ingeniosa.....
—dijo la Duquesa, quedándose pensativa.

—Lo esencial es que sea verdadera, y yo estoy en que lo es; ¡y tanto! Conozco á muchos hombres que arrastran una vida artifi-

ciosa por haber dado con mujeres sin jugo, que no sirven más que para lucir cuatro trapos; y á muchas mujeres también que no viven mejor por falta de un hombre que sea el centro de su vida y el imán de sus deseos. Creen esas mujeres frívolas ser felices porque salen y entran libremente, llevando de acá para allá su aburrimiento oculto bajo las satisfacciones aparentes que proporciona la vida exterior; para mí todas esas alegrías son como los aleteos del pajarillo que se asfixia por falta de aire dentro de la campana pneumática. Sin amor profundo no hay aire para la vida espiritual.

—Quizás da usted excesiva importancia al amor. Yo misma no me oculto para decirle que siempre he considerado el amor como una estupidez. Es una idea mía.

—Pues entonces no conocerá usted nunca la vida. Hay cosas muy pequeñas que se las ha descubierto con microscopio, y otras muy apartadas que se las ve cerca con el telescopio; y hay un instrumento que sirve para descubrir el alma de todas las cosas, y ese instrumento es el amor. Si usted amara—añadió como reconviniendo á la Duquesa,—usted vería mucho que no ha visto; porque para una mujer no hay otro medio de penetrar en las cosas que simbolizarlas en el hombre amado.

—De suerte que para usted lo primero en el mundo, casi lo único, es el amor.

—Hay algo más grande; pero para llegar á ello no hay más camino que el amor. El mejor amor es el espiritual, y si éste no basta, el amor corpóreo. Hay semillas que sólo germinan en hoyas muy abrigadas, y casi todos los hombres son semillas así.

—¿Y usted comprende el amor puramente espiritual? Sería usted el único. La mujer sí; yo, sin ir más lejos, yo he soñado siempre con un amor espiritual; es el único que yo podría sentir. ¡Pero los hombres! No digo que no. Un señor ya anciano, un consejero, un confesor... Mas yo hablo de un amigo con quien se pueda tratar de igual á igual, íntimamente, como con una amiga; eso no es posible. Yo he intentado la prueba, y me he convencido de la falsedad del hombre. Y si yo tengo en poca estima á los hombres (no crea usted, yo también soy un poco misántropa)....., pues es por eso mismo.

—Yo la admiraba á usted, y ahora que ha dicho eso la admiro más; pero ¿está usted segura de que la mujer sea más fuerte que el hombre? Suponga usted una amistad espiritual, pura, y con un hombre que tenga su mujer; ¿cree usted que la amiga vería impasible á la mujer del amigo? ¿No sería quizás este amor causa de que se rompiera la amistad ó de que se transformara en un sentimiento exclusivista?

—¿Y usted sería capaz—preguntó á su vez la Duquesa—de ver á una amiga suya amante

de otro hombre, y seguir siendo amigo noble y leal?

—Yo sí.

—Permítame usted que lo dude.

—No quiero contradecir á usted.

—Y á su esposa, ¿qué amor le tiene usted? ¿Espiritual también?—preguntó la Duquesa, levantándose y dándole el retrato á Pío Cid, después de mirarlo con cierta picardía.

—Yo no siento ya más amor que el espiritual, y aun éste con trabajo—contestó Pío Cid con cierto dejo misantrópico, y se levantó también, guardándose el retrato en el bolsillo interior de la levita, estrenada por cierto aquella misma tarde.

—Ya que hemos hablado de retratos—dijo la Duquesa, notando que Pío Cid se disponía á retirarse,—tendría mucho gusto en que usted me diese su opinión sobre uno que me han hecho á mí. ¿Usted entiende algo de pintura? Pase usted aquí al salón..... Aún no está bien colocado, como usted ve. Lo han puesto ahí por el momento..... Me lo han hecho últimamente en París..... Es de un artista de gran fama.

—Ya veo, ya veo la firma—dijo Pío Cid, mientras examinaba el retrato, que era de cuerpo entero y estaba colocado sobre una mesa en un ángulo del salón.—Es un buen retrato, pero me gusta más el original. Quiero decir que el artista conoce su oficio muy bien, pero que no ha acertado á conocerla á usted,

y ha tomado de usted la cáscara..... Esa que hay ahí es una señora, arrogante y majestuosa, y hasta un poco teatral, pero no es una mujer, no es la mujer que hay dentro de usted.

—¿Usted distingue entre mujer y señora?

—Como entre hombre y caballero. Varias veces, viendo el retrato del Duque, el que está en el despacho, he pensado que tiene toda la estampa de un caballero, de un gran señor, pero que como hombre es muy poca cosa. Y es que los dichosos artistas no se quieren tomar la molestia de profundizar. De su esposo de usted no puedo decir nada, porque no le conozco; pero de usted sí aseguro que no la han comprendido; yo mismo, que no soy artista, me comprometo á hacer un retrato mucho mejor que ese: un retrato en que se adivine la mujer delicada, graciosa y espiritual, que se oculta en la señora Duquesa de Almadura.

—¿Sería usted capaz verdaderamente.....? Por supuesto que no me extrañaría que supiera usted también pintar, por saber de todo.

—No sé más que dibujar, y apenas si acierto á combinar los colores; pero yo no hablo de componer una obra, como la gente del oficio; con que usted esté en el retrato me doy por contento. Y además, se pueden hacer retratos con la pluma, y como tengo más hábito de escribir, ¿quién impide que mi retrato sea una composición poética, en que la describa á usted tal como es?